

las vírgenes! á cuyo fiel cuidado y guarda Cristo Jesus y la Virgen de las vírgenes María, fué confiada y encargada en la tierra, yo te suplico y ruego por una y otra tan carísima y estimada prenda Jesus y María, me preserves de toda mancha ó inmundicia, y hagas que con una mente limpia, corazón puro y casto cuerpo, siempre sirva á Jesus y María castamente. Amén.

### CAPÍTULO III.

#### JOSÉ, EL SEÑOR ES CONTIGO.

14. *De qué modo principalmente puede el Señor estar con una persona.*—Para hacerte comprender bien, lector carísimo, cómo el Señor Dios estuvo con san José, es necesario que te refiera un poco cómo estuvo con Jesus y con María, para que deduzcamos el sentido de las palabras de la Iglesia al decir al señor san José: *el Señor es contigo.*

El Señor Dios estuvo con la Sagrada Humanidad de Jesucristo, haciéndola una misma con él, de suerte que, según la expresión de los Santos Padres, y de una manera singular proclamada por san Ambrosio y san Agustín, *el Verbo se hizo Hombre*

*para que el Hombre se hiciera Dios;* como si dijéramos: el Señor Dios estuvo de tal suerte con la humanidad Sagrada de Jesucristo, que fué unida hipostáticamente con el Verbo, quedando el Hombre que estaba en Jesucristo verdadero Dios, como que era regido por la misma persona divina. Este modo de estar Dios con la criatura, es tan propio de Jesucristo, que no puede verificarse otra vez, ni jamás se ha vuelto á verificar, ni volverá á verificarse.

El Señor Dios estuvo con María como nos lo expresó el ángel al decir: *¡oh María! el Señor es contigo.* Este modo de estar el Criador con su criatura, es sumamente inferior al modo con que Dios estuvo con la Sagrada Humanidad de Jesucristo; pero al mismo tiempo es un modo tan propio de María, que supera infinitamente á los demás modos con que el Señor puede estar con una criatura. El Señor estuvo con María de una manera tan singular, tan única y tan propia de ella, que en sus virginales entrañas se verificó la Encarnación del Hijo de Dios, quedando por consiguiente real y verdadera Madre de Dios; y así, podemos decir que el Señor estuvo con María, no haciéndola Dios, porque esto es imposible, pero sí haciéndola Madre de Dios, dándole



con esta gracia, el conjunto de todas las gracias que podia darle.

En este capítulo voy á demostrarte, lector carísimo, que el Señor estuvo con José, no como estuvo con la Sagrada Humanidad de Jesucristo, porque es imposible que semejante union vuelva á verificarse; ni tampoco como estuvo con la santísima Virgen María, porque es igualmente imposible que vuelva á tener lugar; pero sí que estuvo con el señor san José de un modo propio suyo, de una manera tan excelente, tan sublime y tan única, que supera poderosa y eficazmente á todos los modos con que el Señor ha estado con los patriarcas y profetas, con las vírgenes y confesores, con los anacoretas y con los mártires, con los santos Apóstoles y aun con los ángeles mismos. Con tanta verdad dice la Iglesia en una de sus oraciones: *¡oh José, el Señor es contigo!* Tambien se concluye de estas palabras, que el señor san José de tal suerte tuvo consigo al Señor, que fué más santo, más perfecto y más privilegiado que todos y cada uno de los confesores, de los mártires, de los vírgenes y de los mismos apóstoles. De esta maneaa hemos de tener intencion de que el señor san José sea reconocido, honrado y glorificado cuando le

da por la luz admirable que procedia del

decimos en la oracion, el Señor es contigo, ¡oh José!

15.—«El Señor estuvo con José por las gracias especiales con que lo enriqueció.» —Es doctrina de la Iglesia, proclamada por las luces de la razon y enseñada de un modo muy singular por el doctor Angélico santo Tomás, *que nuestro Señor dá á cada persona las gracias convenientes y necesarias para cumplir debidamente los cargos que le impone su vocacion.* Y como el señor san José fué llamado por Dios para recibir la vocacion más sublime, la dignidad más excelente y el conjunto de privilegios más perfectos, claro está que recibió las gracias debidas para cumplir perfectamente tan altos empleos, ó como si dijéramos, claro está que el Señor estuvo con José por las gracias especiales con las que lo enriqueció.

San Juan Bautista, segun la expresion de Jesucristo.—«fué el mayor de los nacidos de mujer,»—como si dijéramos, el hombre más Santo, como que fué santificado en el vientre de su Madre; y como que segun la expresion de san Agustín y de san Ambrosio,—«cuando fué santificado vió al Redentor en las purísimas entrañas de María, lo adoró con los saltos de alegría, conoció que



con esta gracia el conjunto de todas las

era la voz de Dios que habia de preparar los caminos del Señor, haciendo rectas sus sendas, y vió brillar ante sus ojos la espada terrible que blandiendo debia cortar el hilo de su vida.—¿Y semejante gracia no la habria tenido el señor san José? ¿Podriamos suponerlo privado de una gracia que tuvo el Bautista en el vientre de su madre, y de una gracia que el cielo ha concedido á grandes pecadores en el momento mismo de su conversion? ¿Cómo negar á san José lo que se concede á otros santos? No, no es prudente semejante negacion, y es conforme con la razon natural el concedérsela, ya que José que es padre de Jesus y Esposo de María, fué criado semejante á Jesus que lo apellidaba padre, y semejante á María su verdadera Esposa.

Por tanto, san José, santificado en el primer instante despues de su animacion, como dicen los Doctores de la Iglesia, ya extinguida ó al menos del todo sujeta la inclinacion al pecado, confirmado, por tanto, en gracia, hecho desde aquel momento impecable por privilegio; san José, repito, juntamente con estas gracias, debió de recibir una gracia singularísima que le demostraba su futura elevacion, y por medio de esta gracia que es el origen de mil privilegios,

da por la luz admirable que procedia del

estuvo el Señor con José de un modo tan único y propio, que solo conviene á él. Los Padres de la Iglesia nos aseguran que José de Egipto fué una figura de nuestro José; y diciéndonos el Espíritu Santo que el Señor revelaba á José de Egipto su futura elevacion por medio de los misteriosos sueños en los que veía á sus padres y á sus hermanos adorarle, nos dice tambien que el Señor estuvo con José descubriéndole los divinos oficios que habia de ejecutar con Jesus y María

De ahí es que José no tuvo celos con su esposa al verla preñada, ni los pudo tener: no los tuvo ni los pudo tener, porque, como acabamos de demostrar, tenia un conocimiento perfecto de su futura elevacion: no los tuvo ni los pudo tener, porque, como dicen los Padres de la Iglesia, José vió á María antes de tomarla en matrimonio, y vió que en el centro de su corazon se hallaba su virtud más querida que era su pureza virginal: no los tuvo ni los pudo tener, porque José fué un testigo el más fiel y exacto de todas las acciones de María, y la vió siempre Virgen castísima: no los tuvo, en fin, ni los pudo tener, porque los celos reconocen por origen las pasiones viles de la sospecha y de la propia estimacion, y ni



con esta gracia, el conjunto de todas las

una ni otra podia hallarse en el corazon de José. Lo que tuvo el santísimo patriarca, fueron dudas: él conoció sus privilegios, sus gracias, sus dones, y los divinos oficios que habia de desempeñar como representante del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; más á la manera que san Pedro, no obstante de ser el apóstol de Jesucristo y de haberlo confesado Dios verdadero de Dios verdadero, lleno de admiracion á vista de la pesca milagrosa, se postró á sus piés exclamando: «apartaos de mi, Señor, que soy un miserable pecador;»—así el señor san José, á pesar de sus conocimientos sobre su futura elevacion, cuando vió á su fidelísima Esposa ya Madre de Dios, operando la humildad fuertemente sobre su corazon, queria separarse de Ella, porque al lado de tanta santidad y perfeccion tanta, se consideraba indignísimo de tanto honor. Tal es la hermosa explicacion que dá san Bernardo á este pasaje del Evangelio, y ántes de él la habia dado san Juan Crisóstomo al decir:—«conociendo el señor san José la próxima llegada del divino Sol de Justicia por la Aurora de la divina María, y reputándose por indigno de vivir bajo un mismo techo con tan grande Virgen, por ser Ella una Majestad divina, motiva-

da por la luz admirable que procedia del divino Sol de Justicia; por esto meditaba huir de ella, filosofando en este discurso del modo mas justo, hasta que se le mostrase de una manera mejor la voluntad de Dios.»—Y Orígenes expresó el mismo parecer con las siguientes palabras:—«mientras tuvo la Santísima Virgen María en su vientre el divino Sol de Justicia, tanta era la luz que brotaba de su rostro, que no podia el señor san José mirárselo; y que esta era la causa porque quiso ocultamente dejarla.»—¡tan necesario era que José fuese semejante á María! ¡tan unido estaba el Señor con José!

El Espíritu Santo nos ha dado una prueba, la más clara y patente, que san José ni siquiera sospechó de su fidelísima esposa. En efecto, san Mateo 1.—18., nos refiere que María fué desposada con José; y san Lucas, que María partió luego á visitar á su prima santa Isabel. Ella partió en compañía de José. San Buenaventura, dando testimonio de esta verdad, exclama:—«Dichosa la casa de Zacarías, porque en ella se encontraron juntas dos madres tan buenas como María é Isabel; dos hijos tan santos como Jesus y Juan, y dos ancianos tan venerables como



José y Zacarías!—Pues en esta casa, como indican en cierto modo los evangelistas san Mateo y san Lucas, fué donde el glorioso Santo halló que su Esposa estaba preñada por obra del Espíritu Santo. Allí lo supo el santo Patriarca, ya por boca de María Santísima, ya porque se lo oyó decir á Isabel, cuando, segun san Lucas, la saludó apellidándola Madre de su Señor, ya por muchas señales que manifiestan la preñez, ya porque él nunca se habia separado de ella, como dicen san Juan Crisóstomo, san Gregorio Nacianceno, san Epifanio y san Eutimio, para que fuese de este modo testigo ocular de su entera virginidad.

Los gloriosos Padres de la Iglesia san Basilio, san Bernardo, san Gerónimo, Orígenes y Teofilato, haciéndose cargo de los mismos textos del Evangelio, nos aseguran que san José conoció que María Santísima habia concebido por obra del Espíritu Santo; y nada más conforme que este conocimiento en un hombre que era el más santo, el más perfecto, el más honrado de Dios y el sumamente privilegiado, pero con tales privilegios, que solo son inferiores á los que recibiera la Virgen María!

16. «El Señor estuvo con José por el nombre que le dió.»—La teoría de los nom-

bres no es ciertamente un pasatiempo ó una mera ficcion, sino que es la admirable accion de la Providencia, que indica lo que ha de ser la persona á quien se lo diera, así como por parte de los padrinos es de ordinario lo que ellos desean. Las Escrituras santas nos atestiguan que el Señor ha puesto su nombre á ciertos personajes, de la misma manera que nos afirman que en su nombre encerró lo que ellos serian. El Señor dá el nombre al que habia de ser su voz, y Juan ha de ser su nombre y no otro. No importa que los parientes se opongan, pues él hará cumplir su voluntad, haciendo que la madre se lo ponga, y que el padre escriba: que «Juan es su nombre.» Sí, Juan es su nombre, porque quiere decir profeta del Altísimo, y es el mismo que ha de precederle en todos sus caminos, que ha de dar su verdadero testimonio y glorificar al Señor. La hija de Joaquin y Ana recibe su nombre especial: el ángel lo anuncia á sus piadosos padres: los más encumbrados serafines lo bajan del cielo, y ese nombre es ¡María, María! pues ha de llamarse María, que es lo mismo que la Señora de ambos mundos, la única, la única Señora de los cielos y de la tierra, la Madre de Dios y Madre nuestra. El Verbo Encarnado re-



eibe el nombre especial que le fué dado antes de que naciera, y este nombre ha de ser Jesus; Jesus ha de ser, porque quiere decir Salvador, y determina sus divinas acciones; Jesus ha de ser, que es un nombre tan sobre todo nombre, que ante él se humillan los cielos, la tierra y los infiernos.

Así de un modo semejante ha sucedido con el dignísimo esposo de María y padre putativo de Jesus, porque ha de llamarse José; y José, que significa—«aumento,»—es su nombre propio. Ese hombre ha de encargarse de las acciones más difíciles, ha de ser el representante del Eterno Padre, el verdadero esposo de la Santísima Virgen María y el justamente llamado padre de Jesus: pues bien, ese hombre ha de llamarse José, y nada más que José, porque este nombre es tan significativo, que quiere decir—«aumento en la gracia y en la virtud;»—así como significa también Salvador del mundo Jesucristo, de un modo singularísimo el Salvador de su pueblo y de sus hermanos. En suma, también le convenia el nombre de José, que cumpliendo sus encargos salvó á Jesus y á su divina Madre; y a la manera que José, hijo de Jacob, era para sus hermanos y su padre el salvador, así es José para todos nosotros,

Si, el amor divino crecía y se multiplicaba

nuestro verdadero salvador, por habernos salvado, salvándonos á Jesus.

Digámoslo ya de una vez, el Señor se portó del modo más admirable con José, dándole un nombre tan único y tan propiamente suyo, que es como si dijéramos: José lleva consigo el recuerdo de todos los misterios, la alegría de la religion, el cumplimiento de los oráculos sagrados, y nos recuerda igualmente la Virgen Madre, la concepcion de Jesus por obra del Espiritu Santo, su nacimiento en Belen, su circuncision al octavo dia, su pérdida, su hallazgo al tercero dia, y las grandes virtudes de Jesus y María mientras habitaron en Nazareth sujetos á José. ¡Tanto es decir que el santo Patriarca fué llamado José! ¡tan unido estuvo José con el Señor en fuerza de su nombre!

El Señor estuvo con el santo Patriarca, dándole el nombre singularísimo de José, el cual de un modo semejante al de Jesus y al de María, es un nombre sobre todo nombre; porque así como san Pedro con solo pronunciar Jesus hacia toda especie de milagros, y los hacia en un momento en fuerza de la divinidad que obraba en su favor tan grandes prodigios, porque Jesus



aiha el nombre asnacial que le fué dado an-

quiere decir Salvador; y á la manera que el nombre de María es poderoso y semejante al de Jesus, opera toda especie de prodigios, así tambien el nombre de José, aunque del todo inferior al de Jesus y al de María, con todo, como significa aumento, y es escogido para apellidar al santísimo Patriarca, por esto el Señor en su misericordia obra por medio de él grandes milagros; y na la más justo, puesto que el mismo Unigénito de Dios lo apellidaba su padre, así como con el Espíritu Santo era el esposo de María: ¡tanto es el poder del nombre de José!

Sí, á la palabra José, como nos lo dicen los santos y nos lo enseña la experiencia, huyen los demonios, tiembla el infierno y se derrama una fuente de gracias en favor de todos aquellos que le invocan, ya porque jamás se ha pronunciado en vano, como lo atestiguan mil y mil milagros, ya porque, semejante al de Jesus y de María calma las tempestades, reanima en los más grandes abatimientos, consuela en las mayores aflicciones y llena de la más pura y santa esperanza á todos los que ocurren á él con la debida fé. ¿Quién es el hombre que invocando debidamente el nombre de José no se ha sentido fortificado? ¿Cuál la mu-

Sí, el amor divino crecía y se multiplicaba

jer que al invocarlo no ha encontrado un grato consuelo? ¡José! ¡suavísimo José! ¡poderosísimo José! tú eres para los niños todos que te pronuncian una inagotable fuente de eficaces bendiciones. ¿Cuántas madres al recordar tan admirables hechos lo dan á sus hijos? ¿cuántos se lo han tomado ellos mismos luego que llegaron á la edad de la reflexion? ¿cuántos lo han declarado el protector de una casa, de una provincia y aun de un reino? ¿cuántos le han ofrecido todas sus obras? ¿cuántas comunidades toda su religion y todo su noviciado? ¡Ah! imitemos en la práctica á santa Teresa, que queria que fuesen todos los fieles singulares devotísimos de san José, y le ofreció la admirable reforma de su religion y todos sus conventos, y sus frailes y sus monjas: imitemos al venerable de la Salle que lo dejó patron de su instituto: imitemos á san Vicente de Paul que quiso que fuese el protector y modelo de los seminaristas, de los misioneros y de las Hermanas de la Caridad: imitemos á la Iglesia que quiere y exhorta á los fieles á que sean devotísimos de san José; é imitemos, en fin, al Espíritu Santo que nos persuade en el Evangelio decir José, despues de los sacratísimos nombres de Jesus y María. Ojalá que en mi úl-



alaba el nombre esencial que le fué dado an-

tima hora cierren mis labios los dulces nombres de Jesus, María y José.

17. «El Señor estuvo con José por los privilegios con que lo distinguió.»—Para que comprendamos un poco mejor hasta qué punto estuvo el Señor con José, hagámonos cargo de sus admirables privilegios, para que viéndolos tan únicos y tan solamente concebibles al santo Patriarca, concluyamos que el Señor estuvo con él del modo más único y singular. Para esto nos serviremos de su figura José de Egipto, siguiendo exactamente en todo este camino las huellas que nos dejaron los Padres y Doctores de la Iglesia.

José de Egipto fué honrado por un rey de la tierra;—«José, esposo de María Virgen, lo fué por el Rey del cielo, el inmortal é invisible;—aquel fué erigido como gobernador de la familia de Egipto;—éste lo fué de la Sagrada Familia, que supera á cien y cien pueblos;—el primero era obedecido de todo un reino que se postraba en su presencia;—mas el segundo, éralo del que rige y gobierna á todos los siglos;—José de Egipto, adquirió una autoridad verdadera sobre todas las provincias;—y José, esposo de María, fué el Virey que representaba con toda exactitud la dignidad

Si, el amor divino crecía y se multiplicaba

real que ejercía sobre el Unigénito hasta llamarlo su padre;—el uno tenía el sello de Faraon y disponía de sus riquezas según su voluntad;—mas el otro tenía el divino sello del Verbo Encarnado para comunicarnos todas las gracias;—el primero, tenía á su disposición las cosas materiales;—«el segundo dispone de lo corporal y espiritual, del tiempo y de la eternidad, y de la vida y de la muerte.»—¡Qué grande es, por tanto, el señor san José! ¡qué excelentes sus privilegios! ¡cuán perfecta su conducta! ¡qué dignidad tan única! ¡qué unión tan perfecta con Dios! y, por decirlo de una vez, si el primer José alimentó á los egipcios,—«el segundo José dió de comer al Rey de los reyes y al Señor de los señores;—todo esto recuerdan los fieles al señor san José cuando le rezan, «el Señor es contigo.»

Tenemos otro conjunto de privilegios en el señor san José, y cada uno de ellos nos hace conocer que el Señor está con José; y estos privilegios son las gracias que pone de continuo á nuestra disposición; porque al modo que Faraon decía á su pueblo id á José,—«así Dios dice á los fieles, id á José.»—¡Qué autoridad la de nuestro santísimo Patriarca! ¡qué crédito tan bien esta-



ciaba el nombre esencial que le fué dado an-

blecido! ¡oh si lo invocáramos debidamente! Santa Teresa, para infundir en todos los corazones la verdadera devocion al señor san José, nos afirma que podemos pedirle no una que otra gracia, sino todas las gracias que podamos necesitar, pues es cierto que lo tendremos propicio en todas las necesidades y en todas las ocasiones: así, tantos y tales son los privilegios del señor san José en favor nuestro! El padre Patrignani era tan devoto de san José y tanto habia disfrutado en la práctica los saludables efectos de tan provechosa devocion, que exclamaba: «Que Dios hizo á san José como su ministro plenipotenciario y como su tesorero general, á fin de que pudiese ayudarnos en toda ocasion y en toda necesidad.» ¡Así son los privilegios del señor san José! ¡Así estuvo unido con el Señor! ¡Así supera él en todas las cosas al antiguo José de Egipto! ¡Oh si de una vez confiáramos en tan poderoso patrocinio! No dudamos que todo lo puede el Eterno Padre; pero tambien hemos de afirmar, que muchas cosas no quiere concederlas sino por medio de su Unigénito, y que éste, muchas cosas no quiere concederlas sino por el conducto de su madre, y que muchas ni el Hijo ni la Madre quieren despacharlas, sino

Si, el amor divino crecía y se multiplicaba

por medio de José, de un modo semejante á Faraon, que requerido por sus vasallos no queria despacharlos directamente, sino que á todos les decia, id á José.

18. «El Señor estuvo con José por el amor.»—En nuestros malhadados dias, quizá más que nunca, es necesario clamar con el apóstol san Pablo, á saber: que si alguno no ama á Jesucristo, sea anatema: ¡tanta es la corrupcion de una gran parte de la sociedad! José sí que lo amaba, y lo amaba tanto, que el Señor estuvo con él de un modo especial mediante el amor; y de un modo semejante á María lo amaba con todo su corazon. No queremos decir con esto, que José amara al Señor con aquel amor perfectísimo con el cual lo amaba María, sino que tan solo afirmamos que el Señor estaba con José infundiéndole un amor semejante al de María, y mil veces superior al de los más abrasados serafines.

José amaba á Jesus su señor, y lo amaba recién nacido, y en todas las épocas de su vida lo amaba, porque lo estaba contemplando de una manera subidísima, porque cuanto habia en él todo lo excitaba más y más, porque contemplaba aquellas manos divinas que son las obradoras de innume-



riba el nombra esencial que le fué dado an-

rables prodigios, y aquellos labios que le sonreían torrentes de amor, y aquella boca que había de producir una doctrina celestial y divina, y aquellos ojos cuyas miradas eran volcanes funcionando divino amor. ¡Oh venturoso José! ¿quién como vos feliz? Sois sin duda alguna el más afortunado entre los mortales. . . . . vuestro corazón era un divino horno del amor más acendrado. . . . . y vuestra única ocupación era amar á Jesus vuestro Señor, y amarlo todos los días más y más.

José al ver á Jesus recién nacido lo amó; pero lo amó tanto cuanto es capaz de amarle un puro mortal, lo colocaba en la cuna de su corazón, gratisimo albergue, y allí nada le negaba, todo le concedía, todo se lo entregaba, y todos sus cuidados, sus vigili-  
 as y sus fatigas, todo era para Jesus. Como el divino niño crecía en gracia y en virtud, así también crecía en José el amor para Jesus, de modo que todos los días se lo profesaba más puro, más ardiente, más afectuoso; porque á la manera que Jesus niño, era, por decirlo así, todo de Maria, así Jesus adolescente era singularmente de José, y José lo avisaba, le daba lecciones, lo enseñaba, se declaraba su maestro, arreglaba su trabajo y disponía de su tiempo.

Sí, el amor divino crecía y se multiplicaba en el corazón de José; y José parecía no tener otra ocupación que amar á Jesus. Pidámosle que interceda por nosotros de modo que salgamos del pecado y evitándolo, comencemos desde ahora por amar á Jesus, y lo amemos con singular ternura, y lo amemos con la práctica generosa de las buenas obras, y lo amemos procurando que sea amado de los demás; sobre todo, que lo amemos con tanto celo, como el glorioso san Pablo, publicando anatema á todo aquel que no amare á Jesucristo. José gloriosísimo, ya que os distinguisteis entre todos los santos en el amor, haced que haya de nuestros corazones el amor de las cosas del mundo, de las vanidades y demás miserias de la vida, para que amando únicamente á Dios, lo amemos todos los días más y más.

El bienaventurado san Ligorio, para hacernos comprender hasta qué punto estuvo el Señor con san José, nos dice: que él solo fué mil y mil veces más honrado de Dios que lo fueron todos los patriarcas, todos los profetas y todos los apóstoles; porque éstos lo más que fueron fué fieles servidores, mientras que el señor san José fué su padre: de ahí hemos de inferir que no solo



le fueron dadas todas las gracias que á los demás, sino que tambien superiores; y con una superioridad tal, quanto sus cargos y officios que le confiara el Eterno, superaban á todo otro cargo. Por esto, si el Bautista fué santificado en el vientre de su madre santísima, claro está que José entrevió su divina vocacion, y conociendo su glorioso destino, comenzó desde entonces á obrar como consagrado que era á Dios; por esto su vida toda, fué un acto continuo de amor á Dios, y acto tanto más ferviente y meritorio, quanto el Señor estaba más unido con José.

En las acciones del señor san José, jamás hubo el frio cálculo del egoísmo, ni las tristes consecuencias del amor propio, sino que sencillo como la paloma y prudente como la serpiente, solo veia á Dios y á su gloria, sin fijarse ni por una vez sola en la utilidad personal. El comprendia que lo que habia recibido de Dios, se lo habia de retornar todo entero; él conocia que entre todas las criaturas era la primera despues de la Virgen María, y que con toda la fidelidad á la gracia habia de corresponder debidamente, porque así se lo pedia la grandeza de su vocacion, así el conjunto de gracias con las que el cielo lo habia enri-

quecido, y así la continua asistencia del Señor que estaba con él.

José, por tanto, se consagró á Dios por medio del amor, y se le consagró de una manera tan solícita y universal, cual convenia para que fuese prácticamente la proteccion de María y la conservacion de Jesus: es decir, se consagró á Dios con todo el amor que le pedia el ser ocupado en las obras más relevantes, más sublimes, más meritorias que puede haber, y se consagró á Dios con tanta universalidad, que todos los momentos y circunstancias de su vida sirvieran para el único fin. Por esto desde el primer momento de su existencia su corazon pudo decir:—«Yo soy vuestro siervo, Dios mio, y estoy pronto á cumplir todas vuestras voluntades. ¡Con tanta perfeccion se consagró á Dios el señor san José! jamás volvió atras; siempre iba adelante; constantemente se hacia más y más perfecto, y llevaba á cabo las pruebas pesadísimas que lo affigieron, y la continuacion de tribulaciones que lo cercaron, y la serie no interrumpida de penas que lo apesadumbraban. ¡Qué vergüenza, lector carísimo! ¡qué diferencia tan notoria entre nuestra conducta y la de José! ¡cuán tarde comenzamos á servir á Dios y con cuánta tibieza lo hon-